
TEATRO DE LOS NIÑOS
NO LA HAGAS
ROVIRA Y CHIQUÉS
EDITORES.

TEATRO DE LOS NIÑOS

NO LA HAGAS...

COMEDIA EN UN ACTO

POR

JESÚS F. DEL CAMPO

Aprobada por la Autoridad Eclesiástica



ROVIRA Y CHIQUÉS
BARCELONA
1903

PERSONAJES

JAIME RICARDO ALFONSO	Niños de 10 á 12 años.

Varios otros niños de la misma edad.

Imp. de F. Badia. Dr. Dou, 14,—Barcelona

NO LA HAGAS...

COMEDIA EN UN ACTO

La escena representa un trozo de pradera en las cercanías de una población ó ciudad grande. A un lado del escenario hay un grupo de rocas que puedan servir para sentarse. Es una tarde apacible y serena.

ESCENA PRIMERA

JAIME, que aparece sentado en una de las piedras, leyendo en un libro.

JAIME.—*(Despues de un rato de silencio.)* Que bien se está aquí!.. En medio de esta inmensa soledad... Hasta llegué á olvidarme de mis remordimientos, porque *(cerrando y dejando el libro sobre otra piedra)* aquí don-

de ustedes me ven, tan tranquilo y con mi cara de santito, como dan en decir algunos de mis compañeros, yo he cometido una mala acción, oh! muy mala... Como que á todas horas me persigue el más grande remordimiento, no hallo sosiego en parte alguna; ni me divierte ya el jugar con mis amigos, ni me place nada de lo que antes me placía... He cambiado muchísimo, yo que era antes tan alegre y decidor, me he vuelto ahora triste y melancólico. Antes me pasaba el día inventando juegos y diversiones nuevas. Ahora ya me ven ustedes: mientras mis compañeros de colegio andan por ahí jugando y divirtiéndose, aprovechando lo mejor que pueden las horas de recreo que por ser su cumpleaños nos ha concedido el director del Colegio, aquí me tienen solito y triste, buscando distracción en la lectura, que tampoco encuentro, pues aquella fatal idea no se aparta un punto de mi cabeza... *(Se levanta y se pasea.)* Ah! si pudiese olvidar, pero no puedo, no puedo!..

ESCENA II

Entra corriendo RICARDO,
y casi choca con el otro niño.

RICARDO.—Dispensa, no te había visto...

JAIME.—Es claro, si vas disparado!..

RICARDO.—Oh, es que los otros me persiguen, quieren atraparme, y yo he tomado por ese vericueto para ver si lograba hacerles perder la pista... pues ya los tenía encima casi...

JAIME.—Descansa, pues, un rato aquí. Aquí se está muy bien.

RICARDO.—Uf! si estoy más cansado...

JAIME.—Mira, en esas piedras podrás descansar un rato, y cuéntame...

RICARDO.—*(Sentándose.)* Pues, mira; se trata de un juego nuevo que yo acabo de inventar ahora mismo.

ñAIME.—A ver, á ver...

RICARDO.—Consiste en lo siguiente: Me aparto yo un poquitin del grupo de los demás, y cuando ya nadie me ve, cuando los árboles

ó las malezas, ó un repliegue del terreno me han ocultado enteramente á su vista, doy un grito y echo á correr; los demás salen en mi persecución, y mi habilidad ha de consistir precisamente en hacerles perder la pista por medio de mil rodeos y contramarchas.

Jaime.—Muy ingenioso, muy bien combinado, y á propósito para hacer mucho ejercicio corriendo al aire libre, como nuestros profesores tanto nos recomiendan.

Ricardo.—Y aquí me tienes, rendido de fatiga, esto sí; pero en la seguridad de haber hecho perder la pista á mis perseguidores, pues no se oye nada...

Jaime.—*(Yendo á uno y otro lado del escenario, como escuchando)* En efecto, no se oye á nadie por ahí cerca.

Ricardo.—Quien sabe por dónde me estarán buscando ahora.

Jaime.—Y tú mientras tanto, aquí bien tranquilo y descansando...

Ricardo.—De la corrida que me dí, que no ha sido floja, te lo aseguro.

Jaime.—Es claro, como han de pensar que te

estés ahora tan quietecito, mientras ellos sin duda estarán echando los bofes por esos campos.

RICARDO.—En eso estriba precisamente todo el secreto del juego.

JAIME.—Oh! comprendo, comprendo.

RICARDO.—*(Cogiendo distraidamente el libro de sobre la roca.)* Sabes que de tí me extraña muchísimo una cosa, Jaime?

JAIME.—Qué cosa?

RICARDO.—Pues, que de algún tiempo á esta parte, siempre que salimos al campo te quedas tú retirado, y, sin querer tomar parte en nuestros juegos, te escondes en algún rincón, como éste, y allí te pasas la tarde leyendo ó dibujando...

JAIME.—Te ruego que no me hables de eso...

RICARDO.—No me harás creer que sea porque hayas cobrado repentina afición al estudio ó la pintura...

JAIME.—No, pero te suplico...

RICARDO.—Anda, pues, si será verdad lo que he pensado yo?

JAIME.—Qué has pensado?

RICARDO.—Pues he pensado que te has vuelto

orgulloso, y que ya no quieres jugar con tus antiguos camaradas, pues crees que no son bastante para tí...

JAIME.—(*Muy dolorido.*) Oh! esto...

RICARDO.—Y mira, amigo mío, no emprendas camino semejante, yo te lo aconsejo, pues lleva á muy malas partes.

JAIME.—Pero, si no es eso!..

RICARDO.—Que no es eso? Entonces, qué es? Porque yo no lo entiendo. Ni es afición á la pintura, ni es orgullo... Qué es, pues, me lo quieres decir?

JAIME.—Déjame en paz, no me atormentes.

RICARDO.—Ah! ya sé... Es que te vas volviendo viejo, y te gusta meterte en tí mismo, te enojan las compañías...

JAIME.—Por Dios! No digas más disparates, Ricardo.

RICARDO.—No quieres confesarme la verdad, pues?

JAIME.—(*Despues de vacilar un momento.*) Es que estoy triste.

RRICARDO.—(*Mirándole asombrado.*) Triste, y por qué? Se te ha muerto acaso alguien

de la familia? *(Con mucho interés.)* O están enfermos tu padre ó tu madre?

Jaime.—No es nada de eso, gracias á Dios.

Ricardo.—Entonces?

Jaime.—Es una tristeza grande, que tengo metida en el corazón desde hace algún tiempo, sin que halle modo de arrojarla fuera...

Ricardo.—Anda, pues, cuéntame, y veré si yo te puedo ayudar; ya sabes que yo soy tu amigo.

Jaime.—Esto es lo que más me pesa...

Ricardo.—Que yo sea tu amigo? No te entiendo, Jaime.

Jaime.—No es eso... Quise decir que mi gran tristeza me viene por tí...

Ricardo.—Por mi... culpa?

Jaime.—No, al revés, por la mía...

Ricardo.—Repito que no te entiendo.

Jaime.—Si te lo cuento... *(Con mucha vergüenza)* me perdonarás?

Ricardo.—Yo perdonarte? Hombre, me gusta. Entre buenos amigos no se dice esto. Te perdonaré si me lo cuentas, y si no me lo cuentas también. Con que, ya lo sabes...

Jaime.—Oh! gracias, gracias!...

RICARDO.—Anda, siéntate á mi lado, y cuenta lo que quieras.

JAIME —*(Sentándose.)* Pues, verás...

ESCENA III

Oyense gritos y exclamaciones, y luego entran corriendo hasta cuatro ó cinco niños, al frente de los cuales va ALFONSO.

RICARDO.—Ahí están!... Al fin han dado conmigo. Ya no puedo escapar, ni me importa, pues ahora lo que yo quisiera es saber...

ALFONSO.—Aquí está, aquí está, amigos!...

UN NIÑO.—Y miren, como se estaba aquí sentadito, mientras nosotros... *(Todos se acercan y le rodean alborozados.)*

RICARDO.—Ahora ya me habéis encontrado... Me doy por perdido. Habéis ganado vosotros.

ALFONSO.—Oh! esto de ningún modo. En realidad has ganado tú, verdad, vosotros?

TODOS.—Sí, sí!

ALFONSO.—Y es bien claro, pues mientras nosotros corríamos desalentados por esos mon-

tes de Dios, tú te estabas aquí bien descansado y tranquilo... Mayor habilidad!...

Un niño.—Es verdad, es verdad... El triunfo es de Ricardo.

Ricardo.—Si os place á vosotros así...

Alfonso —Así nos place, eso queremos, pues á nosotros nos gusta dar el mérito á quien de veras lo tiene. Nada de orgullos ni de envidias, verdad, vosotros?

Todos.—Verdad, verdad!

Ricardo.—Más vale así, y yo soy del mismo parecer.

Alfonso.—Tú sí lo eres... Pero no lo son todos, desgraciadamente, pues... *(Aludiendo a Jaime)*

Ricardo.—Anda, no digas tonterías, Alfonso, y déjanos en paz.

Alfonso.—Cómo, no te vienes con nosotros... Mira que es tarde ya.

Ricardo.—No, todavía nos queda un ratito.

Un niño.—Es que ese le habrá pegado su melancolía.

Ricardo.—Anda, no disputemos por nada... Idos, y cuando sea la hora, venid á buscarnos.

ALFONSO.—Pues así lo quieres, lo haremos así. Vamos á coger algunas flores de aquellas tan bonitas, que hemos visto ahí cerca.

TODOS.—Vamos, vamos... *(Salen corriendo.)*

ESCENA IV

RICARDO y JAIME.

JAIME —(*Casi llorando.*) Pobre de mí!

RICARDO. — Pero, qué tienes, hombre? no llores.

JAIME.— Es que con sus indirectas, me ha hecho Alfonso mucho daño...

RICARDO.—Anda, déjalos, y vamos á lo que importa. Sepamos de una vez, porque está siempre triste y llorando este Jaime, un tiempo tan alegre y bullicioso.

JAIME.—Pues, amigo Ricardo... Es que tengo grandes remordimientos...

RICARDO.—Remordimientos tú?

JAIME —Sí... de haber cometido una mala acción...

RICARDO.—Tú, malas acciones?

JAIME.—Sí, Ricardo... y lo que más me pesa, es

que la cometí contra tí, que fuiste siempre mi mejor amigo...

Ricardo.—Pobre Jaime!

Jaime.—Por esto te pedí antes que me perdonases.

Ricardo.—Pues, perdonado estás, aun antes de saber de qué se trata, pues ya me figuro que no puede ser cosa mayor... porque tú eres incapaz...

Jaime.—Realmente, la cosa en sí misma no tiene una grande importancia, pero mis remordimientos no han sido por eso menores, ni mi dolor tampoco. *(Pausa.)* Te acuerdas, hará ya más de tres meses, que en el colegio te castigaron porque habías roto un tintero?

Ricardo.—Vaya si me acuerdo, como que me supo muy mal aquel castigo, pues era el primero y el único que se me diera jamás. Por cierto, que me extrañó muchísimo, pues nadie me había visto romperlo, aunque sin querer fué, aquel fragilísimo tintero...

Jaime.—Yo solamente lo supe, te acuerdas? y cuando el profesor me preguntó, fuí más

frágil todavía que el tintero... pues dije tu nombre, y por eso te castigaron... *(Casi llorando.)*

RICARDO.—Bah! y eso es todo! Si no vale la pena, hombre... Yo ya lo tenía olvidado.

JAIME.—Pues, yo no; el remordimiento de aquella mala acción me ha perseguido constantemente, y aun no era eso lo peor, sino que he estado temiendo á cada punto que me lo conocieses en la cara... Y por esto huía de vosotros, y me ocultaba, y no quería tomar parte en vuestros juegos y diversiones, siempre con el miedo terrible de que llegáseis á descubrir aquella mala acción mía... No puedes figurarte lo que he padecido en todo este tiempo.

RICARDO.—Pues ya no quiero que padezcas ahora... y no pensemos más en ello...

JAIME.—Gracias, gracias, Ricardo.

RICARDO.—Nada de gracias, pues ya has purgado bastante tu pecado de aquel día, y este mismo sufrimiento da testimonio evidente de la bondad de tu alma... *(En esto se oyen los gritos y la algazara de los niños que vienen corriendo.)*

ESCENA V

RICARDO, JAIME, ALFONSO y demás niños.

Alfonso.—Ya es la hora, amigos.

Ricardo.—Vamos, pues...

Jaime.—Yo os prometo para otro día un juego divertidísimo, que tengo pensado... Durante todo ese tiempo he estado combinándolo; ya veréis!...

Todos.—Viva Jaime!

Ricardo.—También yo tengo parte en él, verdad?

Jaime.—Ya lo creo!... Y ahora quiero daros un consejo á todos... No hagáis nunca mal á nadie, pues no siempre se topa uno con un buen amigo que sepa perdonar, y el perdón es el mejor consuelo para el culpable!

Todos.—Viva Jaime!... Viva Jaime!... *(Salen todos corriendo y baja rápidamente el telón.)*


ROVIRA Y CHIQUÉS
BARCELONA